LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PÁGINA/12
17 DE OCTUBRE DE 2003
AÑO 6 N* 288



PARIR

La posición horizontal para parir, la rutina de aplicar goteo, anestesia y episiotomía, además de separar a la madre y al bebé en los primeros minutos son prácticas habituales en establecimientos públicos y privados pero contrarias al derecho de las mujeres

Parto Natural

La práctica médica habitual suele operar sobre las mujeres parturientas como si estuvieran enfermas: las acuesta, controla el desgarro del perineo mediante la episiotomía, induce las contracciones, las aísla de sus seres queridos. Y lo paradójico es que a eso se le llama parto natural.

POR MARTA DILLON
INFORME: FLORENCIA GEMETRO

No se sentía, estaba sola. A pesar de los muchos residentes, de la partera, el obstetra, los residentes, las enfermeras, las otras mujeres que como ella enfrentaban el enorme esfuerzo de parir. A pesar de toda esa gente Belén estaba sola y lo decía, lo gritaba con fuerza, pedía una mano que la sostuviera, se aferraba a los profesionales de uniforme que le hurgaron las entrañas muchas más veces de las necesarias, tocaron su panza dura y empinada como una ojiva en el momento de las contracciones como si esa panza no perteneciera a una mujer que reclamaba sostén. Porque eso no se lo dieron. "Todos me metían manos, dedos, todo. Ellos me decían que no estaba sola, que estaban ahí. Pero no me daban la mano. Mirá la fuerza que hacía yo para agarrarlos y la fuerza que hacían ellos por soltarse que hasta le arranqué a alguien su guante de látex." Que no grite, que si seguía gritando "todo iba a salir mal", que guarde la fuerza para pujar. Que no sabía hacerlo. Eso le decían los profesionales que la atendieron en el Hospital Ramos Mejía cuando esta mujer de 21 años, soltera, llegó a parir sola. Había sido su decisión, es cierto. Belén Mazzotta creía que el lugar a su lado sólo podía ser ocupado por el padre de la bebé que la consoló después del maltrato sufrido durante el parto. Ella se había soñado distinta en ese momento, había averiguado, preguntado, escuchado y leído lo necesario para ser la protagonista de su parto, ese momento en el que este poder exclusivo de las mujeres se manifiesta con una fuerza tan arrasadora que, al menos en los últimos mil años, parece necesario domesticar. "Tanto la preparación para el parto –si se entrena a las mujeres como si fueran niñas y no adultas– cuanto el parto dirigido como si la mujer fuera un cuerpo sobre el que determinada obstetricia procede, tratándola como si fuera una enferma tonta, son hechos políticos", escribe Eva Giberti en su *Escuela para Padres, Los chicos del tercer milenio*. Belén lo supo dolorosamente; su cuerpo grávido fue el campo de batalla en el que la corporación médica cerró filas como un niño encaprichado que dice esto es mío o no es de nadie. Porque antes de que llegaran las contracciones regulares, antes de que la vagina y la vulva de Belén empezaran a dilatarse para abrir el canal de nacimiento, ella se había asesorado y junto con la asociación Dando a Luz presentó en el hospital donde se iba a atender un consentimiento informado. Una carta en la que ella, la mujer que iba a parir, decía cómo quería ser tratada. No era nada fuera de lo común lo que pedía, apenas que se cumplan las leyes vigentes, las disposiciones que la Organización Mundial de Salud declaradas en Fortaleza en 1985 y la Propuesta Normativa Perinatal del Ministerio de Salud de la Nación del año 2000. Belén quería ejercer su derecho a deambular durante el trabajo de parto, a no ser acostada ni atada durante el período de expulsión, a que no se le practicara una episiotomía como si esto fuera una rutina necesaria. "El médico estuvo dos minutos conmigo, cuando me dijo que pujaba mal y cuando me pidió que pasara a la camilla. En la sala de partos me ataron las piernas. Me sentí presa, nunca me agarró la policía, pero en ese momento sentí que me habían agarrado, que me llevaban. Era una sensación mezclada de injusticia e impunidad. Cuando la nena salió la frase del médico fue: 'Histérica como la madre', porque Nallibe lloraba. Pero todos los nenes lloran." Junto con Dando a Luz, Belén Mazzotta presentó una carta al hospital relatando lo que ella sintió como una tortura. En las paredes de la guardia había pegado un resumen de su consentimiento informado, cuando ella quiso ponerse en cuclillas para soportar mejor el dolor de las contracciones, alguien pasó y se rió: "Mirá qué teatro", escuchó Belén. A los pocos días se comunicó un abogado del hospital; la respuesta oficial fue "que tenía cinco años para iniciar acciones legales". Pero ella prefiere no hacerlo. "Si fuera una mierda se los hago –dice–, pero no lo soy."

–¿Cómo fue tu parto?

–Normal.

–¿Normal fácil o normal difícil?

Lucrecia se ríe de ese mínimo diálogo que suele abrir una hendija para las muchas emociones posparto que la mayoría de las mujeres intentan olvidar. Como si el nacimiento, el hijo que tienen en brazos mereciera lo sufrido haciéndose cargo de mandatos ancestrales que la medicalización del parto suele convertir en un hecho consumado que sólo la anestesia alivia. Lucrecia tuvo su primer parto en un centro médico privado de alta complejidad, una buena obra social, excelente hotelería. Hasta conocía al obstetra que la iba a atender, pero eso no la eximió de sufrimientos que, ahora sabe, son innecesarios. "Yo no quería que me pusieran anestesia peridural porque tenía amigas que me habían descripto el parto como una experiencia de mucha plenitud. Y quería experimentarlo. Pero claro, llegué al sanatorio con cinco de dilatación, me pusieron goteo y aceleraron tanto las contracciones y la dilatación que la beba todavía no había encajado y me tuvo horas pujando." Como ella no quería anestesia, ni siquiera se la aplicaron localmente para practicarle la episiotomía que su doctor consideraba de rutina. Seis años después, Lucrecia todavía siente el filo de la tijera en la entrepierna y hasta puede escuchar el sonido del desgarro provocado. "Creo que si estudié puericultura fue por esa experiencia." Esa carrera, anulada desde hace 30 años de la Facultad de Medicina de la UBA, suele ser menospreciada por los médicos obstetras. "Es que tienen formación de cirujanos, la mayoría no registra que hay una mujer más allá de la vagina." Su trabajo consiste en acompañar a la mujer embarazada durante el parto y el puerperio, pero en lo concreto lo suyo podría definirse como un intento por humanizar un hecho intervenido innecesariamente por la corporación médica. "A pocos médicos les importa lo que necesita una mujer durante el parto. ¿Y qué es esto? Necesitan intimidad, seguridad, confianza. El trabajo de parto está regido por el cerebro primitivo, cualquier estímulo del neocórtex inhibe las contracciones y la dilatación. Si una mujer está descontextuada, incómoda, le gritan, le dicen que se calle, no puede segregar naturalmente la oxitoxina necesaria. Es como cuando cogés –que también aparece la oxitoxina–, no se puede pensar en la cuenta de la luz porque no llegás nunca al orgasmo." Para Lucrecia, que prefiere no mencionar su actual lugar de trabajo ni tampoco su nombre completo –"quiero seguir trabajando"– es esta carga erótica del parto lo que se ha intentado borrar. "¿Por qué te crees que te dicen que cierres la boca? La boca abierta es también una vagina abierta... Por algo es muy común que en la sala de partos a las mujeres les digan 'cuando lo hiciste no te quejabas tanto'. Esto tiene que ver con un poder de las mujeres que es difícil de bancar en esta sociedad. La manera de parir y nacer depende de decisiones políticas. Que la mayoría no sepa que a las reacciones físicas que van a tener durante el trabajo de parto las acompañan sentimientos, también parece una estrategia."

¿Por qué a las mujeres se las acuesta para parir? ¿Será porque la posición horizontal es la que distingue a los enfermos? ¿Por comodidad de los médicos que colocan la pelvis de la parturienta a una altura adecuada a su mirada complaciente? ¿Por qué se desafía a la ley de gravedad obligando a las mujeres a pujar en condiciones incómodas –pruebe usted defecar acostado–, evitando que el peso del bebé haga su propio trabajo? "En Argentina la mayoría de las instituciones tanto públicas como privadas, en más del 95 por ciento, ponen a las mujeres de espaldas para parir, complicando, alargando y dificultando el proceso fisiológico, poniendo el riesgo la salud de la mujer y el bebé e incrementando la necesidad de goteo de oxitoxina sintética, episiotomía, fórceps y cesárea." Esto lo dice Mariana Giménez, integrante de Dando a Luz pero también las disposiciones que citó Belén Mazzotta en su consentimiento informado para el Hospital Ramos Mejía. Lo que cabe preguntarse es qué es primero, si el huevo o la gallina (sobre esto también se puede ver el recuadro). Según el mismo documento del Ministerio de Salud de la Nación es esta posición horizontal la que favorece los desgarros si no se hace la episiotomía y encima la inmovilidad de la madre genera sufrimiento fetal. ¿Por qué les atan las piernas entonces? "Haber renunciado a la posición vertical para parir –escribe Giberti en *Escuela*...– es una de las evidencias de la subordinación intelectual, corporal y emocional del género mujer a las políticas destinadas a limitar sus iniciativas y dirigir sus vidas." El parto horizontal es, ni más ni menos, que una expropiación del acto de parir en el que la mujer sólo hace fuerza cuando el médico lo ordena y debe quedar agradecida por sus buenos oficios, por no haber muerto en el parto, no haberse desgarrado, ni siquiera sentido todo lo que debería sentir porque se le ha aplicado la anestesia peridural –que suele ser necesaria cuando se ha aplicado goteo por la aceleración de las contracciones inducidas–. Aunque este último es un procedimiento que ya no existe en los hospitales públicos por razones de presupuesto. Esta apropiación del acto de parir encuentra su clímax en el abuso de las cesáreas. Para la OMS una cifra razonable de esas intervenciones debería rondar el 15 por ciento del total de los nacimientos. En Argentina esa cifra sube al 30 por ciento en hospitales públicos y a más del 40 en instituciones privadas. Y lo mejor es que nunca suceden en fin de semana. Es decir, nunca son por emergencias o complicaciones durante el trabajo de par-


ADRIANA LESTIDO

to sino que son programadas con anticipación para no molestar al obstetra. ¿Y por qué las mujeres permiten que todo esto suceda? “Hay un psicólogo inglés, Winicott, que describe que las mujeres dos o tres semanas antes y después del parto si no estuvieran en ese estado estarían locas”, dice Lucrecia para explicar la extrema vulnerabilidad de las mujeres al momento de parir. A esto habría que sumar la desinformación y el valor social de la corporación médica. ¿O acaso dejó de funcionar alguna vez eso de ‘mi hijo el dotor’?

“Hay una paranoia generalizada entre los obstetras”, dice una médica pediatra de la Maternidad Sardá que se excusa de dar su nombre. Sería curiosa esta falta de identidad si no estuviera en este contexto de pasillos abarrotados de mujeres grávidas, de todas las edades pero sobre todo jóvenes, con la mirada perdida por las horas de espera. En esta institución nacen 6200 bebés por año, a razón de 20 por día. Hay sólo tres sillones de parto, y sin embargo todos se usan como camillas. La doctora, con treinta años de trabajo sostenido en la Sardá, ha visto incrementarse el número de mujeres que asisten y complejizarse la atención. Aunque, dice, las cosas han cambiado poco. “Hay separaciones que no tienen fundamento clínico, no hay por qué separar al niño sano de la madre en la primera hora de vida, ni tampoco debería considerarse al padre como visita. Se alude mucho a la falta de infraestructura, pero en realidad lo que se necesita es un cambio en la concepción, en la estructura mental del cuerpo médico.” Lo mismo dice Claudia Alonso, obstetra ad honorem en el Hospital Alvarez. En junio de este año se dictó la ley 1040 que consagra el derecho de las mujeres a estar acompañadas por quien ellas decidan durante el trabajo de parto, el parto y la internación. Sin embargo la ley no está reglamentada y en la Sardá, por ejemplo, se permite entrar en la sala

Parir es un poder

POR MOIRA SOTO

Cuando propongo ‘parto domiciliario’, la reacción suele ser: ‘ah, es algo nuevo’. Y en realidad, hasta los años ‘40, comienzos de los ‘50 del siglo pasado, fue algo corriente”, señala Raquel Schallman, obstétrica (según su título universitario) que reivindica la denominación de partera en homenaje a las comadronas, matronas de antaño, que perviven en algunas culturas. Esta profesional feminista que actualmente atiende partos en casa, es autora del libro *Parir en libertad,* de próxima aparición. “Apenas se internaban los casos que presentaban patología. Pero rápidamente se empezó a capitalizar la idea de que la institución era más segura: ahí es cuando los médicos se apropian del parto. Vale remarcar que la mortalidad de aquellos años de parto entre mujeres, borrados de la historia oficial (participaban parientas, amigas, además de la comadrona), estaba –según he escuchado en congresos– en las mismas cifras que las actuales, porque la intervención brutal que se está haciendo produce un increíble daño gratuito.”

–¿Cuáles son los pasos del maltrato hacia la parturienta en la actualidad?

–En los hospitales públicos, apenas una mujer traspasa el umbral, es tratada como un objeto: se decide sobre ella sin darle voz ni voto. De entrada, se la separa de sus afectos: deben entrar solas en la internación, no importa su edad ni condición. Esto es de una crueldad infinita en un momento de tanta vulnerabilidad, de tanta necesidad de contención amorosa. Se avanza sobre ella: te sacás la ropa, te ponés el camisón, te acostás, abrí las piernas que te vamos a rasurar. Le ponen directamente un suero, le meten los dedos, hacen tacto, rompen bolsa... Además, en horario diurno suele haber mucha gente aprendiendo, mirando, tocando. No se respeta la intimidad de la mujer, de un hecho tan íntimo.

–¿Por qué el grito está mal visto?

–Los llamados cursos de parto sin dolor, sin temor, son condicionantes para que la mujer “se porte bien”. Es decir, no haga ruido, no grite, obedezca, no moleste. En uno de los últimos “E-24” por TV se vio a una parturienta que iba a gritar, y la mujer que estaba al lado le tapó la boca. Terrible. Sin embargo, el grito es bueno, liberador, genera fuerza, energía. Lo ideal sería que cuando una mujer está pariendo, se convirtiera en puro instinto. El sistema, y aquí hablamos también de la atención privada, apela precisamente a que piense. Y en esta apelación se la culpabiliza inmotivadamente en relación al niño por nacer: portate bien porque le hacés mal al bebé, etc. Ahí está la semilla de tantas culpas que acarreamos después las madres, que nos hacen responsables de todo lo malo.

–¿Nadie se pone en el lugar de la mujer por parir?

–En general, nadie. Vale recordar que la OMS, desde 1985, propone que a las mujeres se las estimule para que se muevan, caminen, y que los partos se realicen de forma vertical. Sin embargo, en hospitales y sanatorios se las inmoviliza acostándolas sobre sus espaldas, la peor posición: genera alteraciones en los latidos del bebé, produce más dolor, más angustia, mayor sensación de indefensión. Al no poderse incorporar, se dificulta el orinar, entonces le meten una sonda con el consiguiente riesgo de infección.

–Después de algunas décadas de progresivas conquistas, de concientizarse en temas de salud, ¿por qué las mujeres nos seguimos inclinando ante el discurso autoritario del poder médico, que nos despoja y perjudica?

–Quizá porque no hay otro discurso suficientemente fuerte y claro para escuchar... De todos modos, hay algunas mujeres que no se dejan avasallar, que se informan, pelean antes las condiciones. Pero la mayoría está sometida. Insisto en que lo que yo propongo, antes que alternativo, es un parto natural, normal.

–¿El que se hace habitualmente será un parto desnaturalizado?

–Y sí, es un parto intervenido, que incluye esa serie de maltratos, y algunos más... Nada que ver con lo que una mamífera cualquiera elegiría como sitio y forma de parir: cualquier veterinario, si tu gata va a parir, te va a decir que no interfieras, que la dejes tranquila elegir el lugar... Pero claro, además de una mentalidad cristalizada, el sistema está presionado económicamente, socialmente.

–¿Qué está pasando con las cesáreas?

–Es otro de los graves maltratos: hay un 60 % en primerizas, y el índice aumenta, particularmente en lo privado. En los hospitales se hablaba de un 30% pero está trepando, porque los residentes quieren “hacerse la mano” y encuentran justificaciones. Se trata de cirugía mayor, con siete planos de tejidos que se cortan y cosen, la peridural es algo serio y riesgoso... Además, la mujer a la que se le hace una cesárea innecesaria se queda con una fenomenal sensación de frustración, de traición.

–¿Tanto ensañamiento puede ser premeditado?

–No totalmente, pero una mujer generando vida dentro de su cuerpo representa un poder que no existe en ninguna otra situación de la vida. Nada se puede equiparar al poder de parir. Otra cuestión sería que esta imagen tan descarnada de la sexualidad femenina, tan ligada a la pasión, la locura, en el límite entre la vida y la muerte, resulta muy difícil de tolerar. Entonces, si esto no se puede reconocer y revisar, lo que se hace es reprimir. En cuanto a las parteras, el sistema las fagocita, aunque siempre hay algunas que consiguen zafar, al menos en parte, y logran –con discreción, con diplomacia– hacer cosas a favor de las parturientas.

ADRIANA LESTIDO



de partos a los padres en el momento de la expulsión y tienen que salir de inmediato. Eso siempre que el varón haya asistido al curso preparto. Así las mujeres pasan horas con contracciones sin tener a nadie conocido a su lado, pujando en soledad, escuchando las órdenes de quienes les piden "que se porten bien", como si fueran niñas y no adultas con el poder suficiente para reconocer lo que su cuerpo les pide –deambular, acuclillarse, gritar–. Así lo que se reconoce es el derecho de los terceros a ver cómo el bebé atraviesa el canal de parto y no el de las parturientas a estar acompañadas. El consentimiento informado es la forma legal que la ONG Dando a Luz encontró para mediar entre la práctica médica habitual y el deseo de la mujer parturienta. Según Mariana Giménez no siempre sale tan mal como en el caso de Belén, sobre todo si se puede ejercer el derecho a estar acompañada, algo que es bastante habitual en las instituciones privadas y casi una lotería en las públicas. Es paradójico, pero al parecer los médicos no mandan a callar tan fácilmente a una mujer cuando está sostenida por su marido o un tercero menos vulnerable. Por supuesto que hay otras opciones, hay obstetras como el doctor Carlos Burgo que realizan partos verticales, fuera del ámbito hospitalario, sin intervenciones innecesarias. Pero para eso se necesita fundamentalmente dinero, no hay obra social que cubra semejante "excentricidad". Parir es un derecho –elegir no llegar a ese momento también– y un poder de las mujeres. No es una enfermedad, como tampoco lo es nacer y por eso es innecesario aplicar sobre el recién nacido toda clase de prácticas invasivas que no se pueden defender en ningún ámbito científico internacional. Pero como todo derecho, al menos en este estado de cosas, merece ser defendido. ⁂

De cómo la gallina adquirió una conciencia

POR SOLEDAD VALLEJOS

Cuando una gallina pone un huevo, no pretende ser madre por tan poco. Poner un huevo no es nada... el mérito de la gallina comienza cuando empolla con conciencia, privándose de su valiosa libertad... en una palabra, merece el nombre de madre cuando cumple con sus deberes de madre." Con ese espíritu pedagógico y fantástico, un tal "Dr. J. Gérard" aportaba su granito de arena a la creación de las nuevas madres, las abnegadas heroínas que venía necesitando el mundo desde mediados del siglo XVIII y que seguían haciendo falta, aún más, en el siglo XX. La economía iba modificándose y hacían falta gallinas concienzudas, que, ante todo, fueran obedientes ante el mandato de la naturaleza, porque eso era lo que se estaba jugando: la construcción de lo maternal como instinto. Se había creado –el *Emilio* (1762) de Rousseau mediante– un nuevo soberano (el niño, ante todo el niño), se había adoctrinado a los padres sobre las funciones de la paternidad, se había inventado el mito burgués de la familia feliz y cariñosa... pero faltaba un pequeño detalle: la sumisión de las mujeres al nuevo rol. Así que, si partimos de la base de que el instinto es, pura y exclusivamente, lo natural e inevitable (necesario, irreprimible, puro reflejo vital), habrá que reconocer que las mujeres de entonces debieron ser de lo más distraídas para no darse cuenta de lo que la madre naturaleza les estaba reclamando.

Cientos de años llevaban ya las mujeres desconociendo cualquier normativa que pretendiera extender la existencia de la relación maternal más allá del parto. Es más, ya venía de hacía rato la resistencia al parto mismo como instancia necesaria y vital por excelencia en la vida de las mujeres. En el mundo cortesano, y en las paupérrimas cotidianidades de las campesinas y artesanas, eran otras cosas las que importaban. Las filicidas existían desde hacía rato (por algo el mandamiento bíblico envuelve una amenaza no tan sutil: "Honrarás a tu padre y a tu madre, y vivirás largos años"), las nodrizas que se encargaban de los niños desde que llegaban al mundo reemplazaban a las madres aristocráticas (que no tenían ningún interés en amamantar a los recién nacidos) sin que nadie se preocupara demasiado por la inexistencia del día a día en el vínculo familiar. Las madres que no podían reconocer públicamente su maternidad abandonaban a los bebés habitualmente. Ese era el mundo previo a la instalación de la burguesía en el mundo del poder y las instituciones.

Intentando superar el miedo del "parirás con dolor", las necesidades del nuevo desarrollo económico (la mortandad infantil era demasiado elevada, ergo, era preciso dedicarse a la conservación del niño desde sus primeros momentos) llevaban a promover la figura de la madre amorosa, dedicada enteramente a velar por su prole (y asegurarse de que fuera numerosa) y su marido, para realizarse mediante ellos. Fue la creación cultural del instinto: de golpe y porrazo, empezó a ser exaltado, como plantea Elisabeth Badinter en el apasionante recorrido histórico *¿Existe el instinto maternal?* (Ed. Paidós), en tanto "valor simultáneamente natural y social, favorable a la especie y a la sociedad". El problema, claro, es que no había caso: las chicas, descocadas y distraídas como eran, se negaban rotundamente a prestar oídos al llamado de la naturaleza. A la larga, el tránsito desde la figura de Eva (la desalmada, venenosa y arpía perdedora de la Humanidad) hacia la de María (toda dulzura y dedicación a los demás), terminó lográndose a fuerza de bordar el camino de discursos igualitaristas (la tutela sobre la descendencia como un poder compartido con el varón), promesas de felicidad (la maternidad colmaría todas las ansias femeninas, ¿qué tenían que andar buscando en la educación o la vida mundana?) y argumentos naturalistas (el de las gallinas, o el de la sabiduría cuasi animal de las madres-hembras primitivas). Casualmente fue por la misma época que el discurso médico empezó a demostrar mayor interés por la salud de las mujeres durante los embarazos y los partos.

Los modelos ejemplares no dejaban lugar a la duda: una auténtica mujer debía sentir por su hijo un amor inmenso, intenso, desde el parto mismo. Era la ley cuasi divina del instinto maternal, que sancionaba con el peso del castigo social el límite entre la buena mujer y la desnaturalizada. Nada había en ese amor de construcción vincular, debía ser instantáneo. Hasta entonces, sin embargo, todo se trataba en términos de responsabilidad: una madre desamorada, incapaz de amar profundamente a su recién nacido, como mucho, podía ser una irresponsable moralmente hablando. Con la teoría freudiana, el cuadro se completó: lo que el peso de la moral no podía inculcar, terminaría por hacerlo la culpa. Recupera Badinter que tres eran los factores que definían a la "mujer femenina", tal como pontificó Hélène Deutsch (discípula de Freud) en *La psicología de las mujeres*: pasividad, masoquismo y narcisismo. Si el primer requisito impone la voluntad de obediencia, el tercero justifica la vanidad, al tiempo que balancea todo aquello que el inherente afán masoquista lleva a sufrir: "Porque una mujer normal no puede evitar su tendencia masoquista. Le es necesaria para superar las principales etapas de su vida: el acto sexual, el parto, la maternidad, etapas de la reproducción estrechamente vinculadas con el sufrimiento". A las buenas chicas les gustaba sufrir, "aquella a la que no le gusta y se rebela contra su condición, no tiene más alternativas que sumirse en la homosexualidad o en la neurosis". Entonces, sin chistar, no había más que acatar el discurso médico (ni hablar de las parrafadas higienistas) y moral, leer manuales pedagógicos y proclamar a los cuatro vientos qué tan fuerte sentía una el instinto maternal, ese regalo de Dios capaz de inventar gallinas con conciencia.

MEMORIA

EL LEGADO



AFP

POR MARÍA MORENO

El tercer domingo de octubre, la palabra "madres" vuelve a replegarse en su clásica resonancia familiar. El resto del año, "Madres" recupera su sentido dominante en un país donde bajo esa figura se generó la crítica más persistente al terrorismo de Estado y sus efectos en la vida política y social. Pero "madres" en sus dos acepciones implica siempre la transmisión de un legado, algo que en el mismo acto de ser pasado no permanece idéntico y va más allá de la sangre y de la voluntad de los legadores. Toda agrupación en el ámbito de los derechos humanos, en principio organizada en torno a la búsqueda de verdad y justicia, fue poco a poco ampliando sus intereses de acuerdo con diversas identidades o causas en común. Como también fueron cambiando los modos de recordar las experiencias vividas bajo la represión. Si en un primer momento los relatos de los sobrevivientes se centraban en la incriminación y en los suplicios sufridos, a medida que pasaban los años, fuera de los juzgados y de la prensa amarilla, aparecen relatos en que éstos reconstruyen sus modos de resistencia, reinterpretando acontecimientos y dándoles sentido en una función elaboradora que excede y, al mismo tiempo, incluye el ámbito de la política. *Ese infierno* escrito por Manú Actis, Cristina Aldini, Liliana Gadella, Miriam Lewin y Elisa Tokar (sobrevivientes de la ESMA) y *Pájaros sin luz* de Noemí Ciollaro dan cuenta de esos relatos que rectifican, corrigen y matizan los anteriores. El segundo, donde se entrevista a mujeres de desaparecidos, abre el juego a otras experiencias de lucha ante el poder desaparecedor. En los dos libros la insistencia en la evocación de experiencias concretas y una mayor complejidad en las formas de pensarse en género femenino y la politización de la vida cotidiana aparecen en contrapunto a las versiones dominantes: la épica y la idealista.

Por la sangre cada hombre es original y, al mismo tiempo, sus moléculas –las de la hemoglobina, las de las enzimas y las de los grupos de glóbulos– se transmiten inmutables de generación en generación. La sangre pura y elocuente de John Donne es sobre todo elocuente. Un pinchazo devela al padre, descubre al asesino, pone en evidencia la mentira de un origen o lo restituye. Sus datos no son justos ni injustos. Para Menguele, la elocuencia de la sangre permitía decidir quiénes serían los salvados y quiénes los hundidos. Para las Abuelas de Plaza de Mayo es materia simbólica instaurada sobre el rasero biológico. En las Madres de Plaza de Mayo, en los H.I.J.O.S. y familiares de desaparecidos, la trama de reclamos se hizo sobre una politizada voz de la sangre. Esos lazos dejaron en un segundo plano a las que procedían de otras redes sanguíneas, las mujeres de los desaparecidos, aunque a menudo hubieran contribuido con sus moléculas a una descendencia común junto con los que ellas perdieron sin encontrar la tumba ni el nombre, es decir, fueran también madres. Las otras madres, las mujeres de desaparecidos, no estaban angelizadas por el tabú del incesto ni podían extorsionar al poder con lo que éste mismo difundía como valor más alto, el amor de la propia sangre hasta el sacrificio y sin que este poder lograra profetizar el uso fecundo que las Madres de Plaza de Mayo harían de ese valor; su existencia misma erotizaba el cuerpo de aquellos que buscaban, espiritualizado por el suplicio. En el canon de los derechos humanos, su pérdida era concebida como reponible y elaborable con el correr del tiempo. "Para usted no es fundamental la terapia, podrá volver a formar una pareja", le respondió una psicóloga de derechos humanos a Noemí Ciollaro. En muchos casos, sus militantes favorecieron la exclusión de las mujeres de desaparecidos, quienes discutían que los reclamos, durante los primeros años de la democracia, se centraran en hacer invisible la militancia de los devenidos NN. Ellas no se nuclearon en un colectivo y sólo se hicieron visibles entre sí a través de su reclamo de la eximición para sus hijos del servicio militar obligatorio que hicieron a través de una solicitada firmada a través de esa denominación en la que delegaban su identidad: H.I.J.O.S. Eran madres en ausencia y esfinge, aunque madres efectivas, que en la semiclandestinidad llevaron adelante a los hijos en situaciones de riesgo y silencio. Paradójicamente, a menudo eran consideradas *mujer de* sin que esto determinara un territorio de reclamo específico sino de segunda, convirtiendo su rol en un acompañamiento de la militancia, aunque muchas de ellas hubieran tenido rangos mayores que sus compañeros o pertenecieran a diferentes grupos políticos. Todo esto se desprende de las voces que Noemí Ciollaro interroga en *Pájaros sin luz* y que abren un período en el que los que reclaman y diseñan la memoria no lo hacen a la manera de la sangre, mientras que los emparentados con las víctimas eligen las palabras que designan al familiar para nombrar al par político: "Todos los jóvenes son nuestros hijos", dicen las Madres de Plaza de Mayo. Contra el relato de los ideales y de la incriminación, se encuentran otros elaborados en pequeños grupos fuera de los gabinetes psicológicos y de los juzgados. En *Los chicos del exilio* (Argentina 1975-1984), Diana Guelar, Vera Jarach y Beatriz Ruiz dan cuenta de las experiencias de los militantes secundarios de la década del '70 –la mayoría, alumnos de los colegios Nacional Buenos Aires y Carlos Pellegrini– con la intención de pasar la palabra a una generación que aspira contribuir a la memoria colectiva en sus propios términos sin ceder a la lógica que promueve hegemonías de suplicio y generalizaciones oscurecedoras al mismo tiempo que fragmenta y jerarquiza. Allí dan testimonio quienes vivieron el exilio en la edad en que el haber tomado las armas convivía con el deseo en armas, cuando aún los lazos con la familia eran fuertes. La mayoría de los testimoniantes no continuó en ese momento con su militancia, pero tramó su identidad adulta en el destape español. Si en el relato de las Madres de Plaza de Mayo son los hijos y las hijas perdidos los que demandan la salida a la lucha pública, y a menudo desde la condición de amas de casa, *Los chicos del exilio* diseña otra vertiente de madres: aquellas que habían elegido colegios donde los estudiantes tenían una tradición de lucha y que tal vez habían recibido los axiomas pedagógicos del psicoanálisis y de la psicología respirables en la ciudad hasta desde las páginas de la revista *Primera Plana* y donde la encrucijada funesta se tensó entre el deseo de no parecerse a los propios padres y respetar a sus hijos en su condición de sujetos autónomos. La diferencia de edades en el período de militancia en *Los chicos del exilio*, la prisión en la inédita recopilación de cartas de presas políticas realizada por Josefina Fernández, rompen tanto el modelo aglutinador como el de que haya jerarquías testimoniantes. Las identidades de sangre se suplantan por otras, exceden los marcos jurídicos y el de los derechos humanos, y proliferan las reuniones en donde se despliega una memoria ni tópica ni edificante. Películas como *Flores de septiembre* de Pablo Osores, Roberto Testa y Nicolás Wainszelbaum (documental sobre tres estudiantes desaparecidos en el colegio Carlos Pellegrini) y *La otra Juvenilia* (sobre las desapariciones en el Nacional Buenos Aires), libro de Santiago Garaño y Werner Pertot, dejan oír voces de testigos y parientes, pero sobre todo ponen un oído al testimonio menos comprometido por la cercanía de la tragedia que con la responsabilidad social de las nuevas generaciones. Es el legado de las Madres donde éste, lejos de adoptar la forma de un mandato donde no cabe la libertad, permite la apropiación fecunda y el juego entre lo común y lo diferente en familias políticas que incluyen tanto el duelo y la incriminación como el deseo y la fiesta.



PERSONAJES

ni muy muy, ni tan tan

POR MOIRA SOTO

Más allá del travestismo, del transformismo, del dragqueenismo, Fabio Mosquito Sancineto encarna como nadie en el espectáculo local la figura del andrógino, un poco en la huella del David Bowie de antaño. Mosquito asume esta indefinición como un plus, una especie de gracia aunque a veces la grosera intolerancia lo haga sufrir. Pero en general disfruta de esta flotación entre los dos sexos que le permite acceder al ciclo completo de lo humano.

Aunque, según apunta Elizabeth Badinter en *El uno es el otro* (Planeta), "todos somos andróginos –etimológicamente hombre-mujer–, es decir, bisexuados en diferentes niveles y grados, aunque la norma impuesta haya sido el contraste y la oposición, y la educación haya enmascarado las ambigüedades". Pero esta marcación, de la que siempre zafaron unos/as cuantos/as a través de la historia, se ha ido flexibilizando y el modelo único se ha multiplicado. Acaso el secreto –uno de los secretos– de Mosquito resida en que en sus caracterizaciones de mujer jamás carga las tintas, no cae en la ultrafeminidad típica de travestis devenidas actrices y de actores travestidos.

En estos días, Mosquito Sancineto ha regresado con el espectáculo *Industria Argentina* (sábados a las 23, El Vitral, Rodríguez Peña 334), en el que ofrece renovadas variaciones de su especialidad: la improvisación. Que ya no viene en forma de match con reglas deportivas, aunque el público sigue proponiendo títulos, estilo de cada sketch y el final (injusto, atroz, con moraleja, etc). Las opciones de este estreno son: cine argentino de cuatro décadas diferentes, de los '40 a los '80; los géneros van del terror al gauchesco, sin desdeñar el teatro leído ni la telenovela. Además del impar Mosquito, integran el elenco –que cumple impecable las enormes exigencias del show– Ernesto Zuazo, Gabriel Maldonado, Charo López y Pablo Coca.

Mosquito llega un poco tarde a la entrevista el sábado al mediodía, pero se le perdona porque tardísimo en la noche de los sábados hace animación en el boliche Pelvis, de Callao y Corrientes, "al que mayormente van héteros que aceptan el juego, en ese contexto, claro. Porque actualmente el clima está muy intolerante, ni siquiera los jóvenes se salvan. Hay un retroceso impresionante. Creo que el menemismo, cumbre de la hipocresía, cavó hondo en la mentalidad general. Y los jóvenes expresan el prejuicio incluso a través de la agresión, de la violencia: hay que matar al puto. Fijate que la misma gente que se ha venido cagando de risa con Gasalla, Pinti, Jorge Luz, no deja de discriminar a los gays en la vida. Claro que también tenemos a los machistas que se visten de mujer, como los de Videomatch, y a Florencia de la V, que yo llamaría un chongo travesti porque no está del lado de la barricada antiprejuicio: se sumó a la burla, a ese contexto de Sofovich que usa a la mujer sólo como elemento decorativo, que la subestima como persona. Cris Miró era bien diferente: una vez le tocó trabajar en un espectáculo de Sofovich y se sintió muy degradada. Cuando nos invitó a ver el show, nos pidió disculpas por lo que íbamos a ver. Pero no le quedaba otra alternativa laboral en ese momento".

–En tus espectáculos, vos asumís y cultivás el estilo más inquietante: la androginia, que desde siempre ha sido una especie rara. En la mitología griega hay un único hermafrodita. Y en la misma Grecia, que tenían a este hijo de Hermes y Afrodita –que adquirió la doble naturaleza por el abrazo indisoluble de una ninfa–, a las criaturas sospechadas de hermafroditismo se las tiraba al abismo.

–Sí, a los deformes también. El clásico rechazo del diferente. Creo que en la aceptación de los gays del espectáculo para que diviertan, aparece la tradicional hipocresía del llamado ser argentino. Que es totalmente nefasto: siempre se va a negar a priori a la novedad, al progreso; es el que ante lo diverso pone la palabra no, siempre dispuesto a refutar al otro sin escucharlo realmente. Yo tenía dos alternativas en esta sociedad: o asumía mi rol, mi compleja identidad, o me quedaba llorando, mintiendo para sobrevivir, gastando fortunas en terapia para evitar el suicidio... Obviamente, opté por lo primero: vivir, con todos los riesgos y pruebas que eso implica. Porque una cosa es la celebración, los elogios cuando actuás, y otra muy distinta cuando te dejan solo después del show: hay muchos que no se animan a decir que son tus amigos. Abajo del escenario es otra historia. Y ni hablemos de la vida de relación con los vecinos: me mudé hace tres meses y voy notando cómo cualquier cosa que los saca de sus previsiones, los perturba. Por ejemplo, que yo viva de noche más que de día, la gente que recibo, en fin, lo que me diferencia de ellos. Al mismo tiempo, surge la cholulez: ay, vos salís en los diarios. Es mortificante. A mí no se me ocurre meterme en vidas ajenas para juzgar a nadie...

–Ese halo de androginia que te singulariza, ¿provoca mayor confusión en la calle, cuando vas vestido de varón, que en el teatro de mujer?

–Sí, el no poder encasillarte intranquiliza mucho, y a la vez despierta cierta fascinación: ¿finalmente qué es? En mi adolescencia, cuando no estaba preparado para la incomodidad del otro, me decían señorita y yo respondía con este vozarrón que siempre me caracterizó. Se quedaban helados, casi abochornados, no sabían si pedir disculpas. Tartamudeaban y yo tenía que confortarlos... Aprendí solo, como pude, a sobrevivir a esas situaciones. Empecé a acorazarme desde el colegio. Pero por momentos es agotador bancarse el entorno, resistir permanentemente. Te digo que antes la gente era más discreta. Ahora, con el desparpajo actual sumado al retroceso mental, no tienen límites: se codean delante de mí, hacen comentarios en voz alta... Yo a veces saludo para cortar esa cosa hiriente, pero hay miradas que te hacen daño. Para mí ha sido buenísimo adoptar un contexto de trabajo muy sólido, con una raíz profunda, sentir-

Caso único en el espectáculo local, **Mosquito Sancineto** encarna una ambigüedad que perturba y fascina, en la calle y el teatro. Quizá porque juega con las imprecisas fronteras en las supuestas especificidades femenina y masculina. Actor, director, especialista en improvisación, maestro, Mosquito mantiene una lucha permanente contra toda forma de intolerancia y ahora acaba de estrenar el show *Industria Nacional*.



me a gusto en este territorio propio. El que quiera sumarse, participar, tiene las puertas abiertas, desde luego sin espacio para preconceptos.

–¿Cuál creés que es el núcleo de esa perturbación que genera tu imagen?

–Varias cosas: por un lado, el espejo que refleja algo profundo que tienen todos aunque lo nieguen, hombres y mujeres: es decir, componentes de masculinidad y feminidad. También está la atracción de la ambigüedad, esa intriga que provoca un chico o una chica que no encajan en el estereotipo impuesto. Es algo especial tener esta ambivalencia. Un don natural, casi un privilegio si no fuese por la intolerancia reaccionaria. Desde mi propia opinión, yo siempre lo viví bien, me gustaba mi imagen cuando me miraba en el espejo. Pero empecé a darme cuenta de que a la gente le incomodaba no poder etiquetarme, definirme netamente, y al mismo tiempo advertía que les resultaba como un imán irresistible. Esto en el fondo me encantaba. Una vez alguien me dijo que le hacía acordar al personaje de *Muerte en Venecia.* Vi la película de Visconti y me pareció bárbaro tener algo de Tadzio. Creo que ahí decidí que mi rol en la vida era seducir, y lo empecé a hacer arriba del escenario.

–¿Hay algo de eterno adolescente en el andrógino?

–Sí, seguro. Es que ésa es la edad de la indefinición, ni niño ni adulto. Detener el reloj del tiempo aunque inevitablemente se vaya madurando. Pero hay algo que se mantiene en la actitud lúdica, que te da una mirada siempre fresca. Es muy bueno para la vida. Curiosamente, a esa preservación del adolescente eterno se agrega una cosa maternal y a la vez paternal, que es maravillosa. Cuando abrazás al otro se te derrite en los brazos.

–Dentro de las así llamadas sexualidades no convencionales, es difícil encontrarte pares en escena. Por otra parte, has desarrollado a fondo el difícil arte de la improvisación, formando a muchos estudiantes de teatro que ahora mismo van a tus cursos en el Rojas, El Vitral, la Fundación Konex...

–Singularidades de la androginia, quizá... Te digo que incluso para el romance es difícil para el otro, porque inexorablemente pone en cuestión su propia sexualidad. Me ha pasado con héteros que cuando entran en la intimidad y se relajan, se hacen amigos. Ven que pueden hablar de cosas de hombres conmigo –menos de fútbol– y al mismo tiempo dejarse atrapar por el lado femenino, que los lleva a reconocer estos aspectos en ellos. Pero sucede en el terreno de lo paralelo, lo clandestino: "Si me encontrás con mi novia, te pido Mosqui, no me saludes..."

–¿Alguna vez se te dio por hacer la mariquita mala en el teatro?

–No, no es lo mío. Además, jamás cultivé la misoginia. Y la verdad es que en ese sentido el mundo mariquín es terrible: no quieras oír lo que dicen en el camarín esos personajes que practican una competencia mala con las mujeres. Totalmente contrario a mi ideología. Prefiero hacer directamente de mujer.

–¿Cuándo y cómo descubrís que el espectáculo puede ser para vos refugio, espacio de experimentación, creación, disfrute?

–Con *Fragmentos de una Herótica,* en Babilonia, aunque poco antes había hecho un show muy bizarro, *Al calor de la tetera.* Todos varones en escena, en un baño público, yo hacía al cuidador, estaba maquillado, los labios negros, y escuchaba que desde la platea decían: "Es una mujer", "es un hombre", "¿qué es?". Entonces surgió la chispa: uy, qué bueno. A partir de ahí hubo una seguidilla de trabajos en ese sentido. Hay dragqueens divinas, que admiro mucho como RuPaul, pero intenté encontrar mi identidad. En realidad si tengo que nombrar a alguien como musa, no es un andrógino sino una andrógina: Marlene Dietrich. Y hay un actor increíble, que amé en *Priscilla,* Terence Stamp, porque hacía a una dama sin burlarse. El marca la diferencia entre la parodia y hacer a una mujer respetando su esencia, sin ridiculizar. Fui encontrando mi perfil, mi estilo, trabajé mucho el tema de la voz.

–El carisma magnético que irradiás sobre la escena va más allá de tu ambigüedad: movés una ceja y la platea responde, como suspendida de hilos invisibles.

–Es algo que recién ahora estoy observando, aunque trato de no pensarlo demasiado porque me paraliza. Sí, es una fuerza natural, que no podés inventar. Como un poder hipnótico que siempre me sorprende. No tengo explicaciones concretas, quizá tiene algo que ver con mi deseo de conectarme bien con el otro.

–¿Se trata de un don femenino o masculino?

–Femenino. Totalmente femenino. Está relacionado con la intuición, con percibir por dónde va la cosa en forma directa. Es un desgaste de energía esa forma de comunicación, y también algo muy erótico.







AMORES DIFICILES

ARTE Durante tres años, la fotógrafa Adriana Lestido siguió con su cámara la vida cotidiana de cuatro madres y cuatro hijas de distintas edades para indagar en un vínculo idealizado pero difícil, como todo amor. El resultado es una historia que resiste al tiempo y parece hablarle al oído de cada persona que se asoma a estas imágenes, ahora editadas en un libro por La Azotea Editorial Fotográfica.

POR MARTA DILLON

La mirada apunta su dardo y una imagen cae. Herida, una entre todas las imágenes se desprende del tiempo que la aniquila. Y se fija. Un momento y su emoción para volver a él. Y el siguiente. Las pequeñas migas que lo cotidiano barre y embolsa. Las grietas por donde se escurren los personajes y las estrategias. La mirada atrapa como mariposas fotografías de lo que no se ve, de lo que se calla. Cazadora furtiva, retiene de a uno los instantes del vínculo madre-hija y los rebela (¿revela?) en contra de su destino invisible. Así se construyó *Madres e hijas*, el libro de Adriana Lestido, buscando sus propios rastros en esos rasgos que capta y se dibujan para todas las mujeres, los gestos repetidos que nos convierten sólo en madres, sólo en hijas, mujeres nacidas de una mujer que nos expulsa: el amor y el desamparo.

Otro mundo se agita también del otro lado del lente, hacia dentro del ojo que apunta, el universo interno que la fotógrafa fue develando a la vez que revelando esas escenas que, fijas para siempre, construyen para cada espectador un retazo de su propia historia. Porque todos hemos sido expulsados y dejados acá, en esta estepa que es estar vivo sin siquiera abrirnos una fisura en la que poder preguntar, sin pudor: ¿Por qué, mamá? ¿Por qué nos dejaste caer de tu panza? ¿Por qué estamos solos? Justo ahora, cuando hay que vivir.

Madres e hijas desnuda esas preguntas inconfesables. Mira a las mujeres antes que a las madres, al menos antes que a esas madres del tango y la publicidad de electrodomésticos, madres e hijas que se aman con dificultad, forjando un lazo y una identidad. Hace foco en estas mujeres que conviven sin hombres cerca que desarmen la tensión de un vínculo que consuela y amenaza con licuar a unas y a otras en la repetición que borra los bordes propios, los que en definitiva darán sentido a esa sutil huella que es el paso por el mundo. ¿Cómo aprender a separarse de esa mujer que se propone a las hijas al principio como promesa y más tarde como advertencia de lo que puede ser, esa mujer con la que se ha sido una, sin contradicciones? Otra pregunta que apareció más tarde, después de que los ojos de Adriana dispararan cientos de dardos, fotografías que la rodeaban, la increpaban buscando un sentido para conservar algo de eso que por desafiar al tiempo se antoja sagrado.

Adriana empezó este ensayo que hoy es uno de los mejores libros de La Azotea Editorial Fotográfica con la ilusión de quien avanza por los médanos enamorada de su huella, sin recordar que es el viento quien ha borrado otras pisadas. Porque antes hubo alguien que también pasó por aquí. Y antes. Y antes que la fotógrafa hubo una mujer que la parió. Y antes que la mirada a través del lente le trajera la necesidad de desarmar al tiempo, esa mujer murió. Fueron necesarios dos ensayos anteriores sobre la maternidad –madres adolescentes y madres presas con sus hijos– y dos años de trabajo en el tercero –sólo madres e hijas, sin distracciones– para que Adriana entendiera que en su trabajo estaba buscando a su propia madre, que la dejó por última vez cuando ella recién descubría su arte –su cámara–. Entonces el caos de imágenes empezó a ordenarse y en el universo de centenares de fotografías algunas formaron constelaciones privadas –que las protagonistas guardan como talismanes que hablan de la propia identidad– y otras quedaron atrapadas por la mirada de Lestido -ya no por la cámara– que las pare con dolor. Porque también cuentan la historia de su ser hija, de la reconciliación póstuma con esa mujer con la que alguna vez fue una, de la que tuvo que separarse, enfrentarse, confrontarse. Y entender que no hay ventanilla de reclamos para el dolor de haber nacido.

Nada nos rescata del desamparo y por eso estos amores son difíciles. Se tejen en la convivencia y se pierden en esos actos que por repetidos se vuelven invisibles y a la vez eternos. Despertar, vestirse, buscar el sol, encontrar la lluvia, querer amar incondicionalmente y renunciar a todo por un placer privado y efímero. Así se encuentran también quienes pusieron su cuerpo en estas historias, expuestas a la contradicción de amar y abandonar al mismo tiempo. Desnudas en su angustia, capturadas sin las máscaras que propone el espejo, ese cómplice silencioso que a veces nos permite mentir –sólo a cada uno– un rostro posible con que enfrentar el mundo. De eso se trata. Nada más. De dejarse atravesar por la emoción y retenerla. Porque no son los ojos de Adriana los que fotografían sino las cicatrices que sobre ellos imprimió la vida las que seleccionan una imagen para que ella hable con el asombro de quien constata que a pesar de todo el mundo sigue girando. Que ni siquiera clavando las uñas en la tierra se detendrá el ciclo que se lleva algunas cosas y trae otras, como un río que a veces desboca su corriente y todo lo arrasa. Y que también alimenta la tierra para fijar en ella otros árboles, otras casas en las que jugar a la mamá, sin conflictos. Porque sólo jugando se olvida que el ciclo es inexorable, que si aprendemos de mamá las primeras caricias serán para dejarla cuando intentemos las propias, como ella nos deja para ingresar en ese universo erótico que expulsa a los hijos y los deja del otro lado de la puerta. Afuera, los pies descalzos de quien abandona la cama en la mitad de la noche y descubre lo que no quería.

Adriana Lestido también descubre eso que nadie quiere ver. Contra su voluntad, los dardos de su mirada fijaron estas historias a las que ella asiste con los pies helados y la certeza de que sólo desde ese desamparo es posible aprender a amar.







TEATRO



Rojo Pasión

Performance, sketchs y una fuerte dosis de humor componen este espectáculo musical con melodías de viejas películas de Hollywood, ritmos latinos y algunos tangos y boleros. Treinta cambios de vestuario, ocho actores en escena y la producción y dirección general de Jorge Sergiani.

Auditorio del Pilar, Vicente López 1999. Domingos a las 21. Entrada $ 15, descuentos a jubilados y estudiantes.



Relato directo

Una actriz Patricia Gilmour que hace de actriz y que apela a su oficio, y a todas las obras antes representadas, para exorcizar una extraña enfermedad que aparece como una bola en la garganta y se desplaza por todo su cuerpo. Una historia donde la memoria funciona como tabla de salvación. De Elio Gallipoli, con música y puesta en escena de Oscar Edelstein.

La escalera, espacio de arte. Juan B. Justo 889, viernes a las 21.30. $ 7, con descuentos a estudiantes y jubilados.

DANZAS



Sudakas

Con cajones de verdura como únicos elementos escenográficos, esta obra de diez secuencias coreográficas que oscilan entre el humor, el drama y la violencia, indaga en la identidad latinoamericana y su problemática histórico-social. Sudaka se presenta en programa compartido con Pandemonium –sobre textos de Macedonio Fernández y algunos cuentos de Julio Cortázar– también dirigido por Mónica Facchia. Funciones 23 y 30 de octubre en el Centro Cultural de la Cooperación.

Avda. Corrientes 1555, a las 20.30. Entrada 5 pesos.



Nace la vaca

La vaca profana es el título de una canción de Caetano Veloso y también un nuevo lugar para escuchar música, comer picadas, sandwiches increíbles y postres que parecen hechos con amor de abuela. Lo inaugura este viernes Horacio Fontova con José Ríos y seguirán Liliana Vitale, Hilda Lizarazu, Chango Spasiuk y siguen las firmas.

Lavalle 3683, no se cobra derecho a espectáculo.



Básicos

Hace más de 150 años, en una pequeña aldea a orillas del Volga, una mujer de origen humilde combinó los elementos que tenía a su alcance buscando un modo de ayudar económicamente a su familia. Hierros, hilos, retazos de cuero le sirvieron para confeccionar carteras, bolsos y enseres de uso cotidiano en los que se inspiraron sus herederas, cuatro generaciones después, para crear los accesorios de Umana. Elizabeth Leonhart y Mariel Sánchez son quienes recurren, como antaño, a los materiales simples para crear piezas de corte artesanal.

Cañitas creativa

Feria callejera con música pop, música electrónica, indumentaria, accesorios, decoración, arte, djs, bandas en vivo. La enumeración es tediosa, son más de 100 expositores los que se reúnen en plena calle, en el centro de Las Cañitas, en esta feria declarada de interés cultural por la Legislatura de la Ciudad.

17 y 18 de octubre, de 18 a 2, en Baéz entre Clay y Dorrego. Gratis.



Muy frío

Liviano, batido, bajo en calorías y con mucha leche, así es Shake, el nuevo producto que la cadena de heladerías La Veneciana presenta este verano, creado pensando en combinar la energía del yogurt con la frescura del helado. Hay tres sabores clásicos para elegir (vainilla, banana y chocolate) y una gran noticia: ¡durante todo octubre se puede probar gratis en cualquier sucursal con sólo mencionar este suplemento!

FOTOGRAFIA



Identidad

Un accidente de tránsito sufrido por el autor del ensayo, Ramón Teves, sirve de disparador para elaborar una representación corporal nueva y recuperar así "una identidad fracturada", como señala el título de la muestra.

Espacio ecléctico, Humberto Primo 730, martes a viernes de 12 a 21. Fines de semana de 15 a 21. Entrada libre.

MUESTRAS



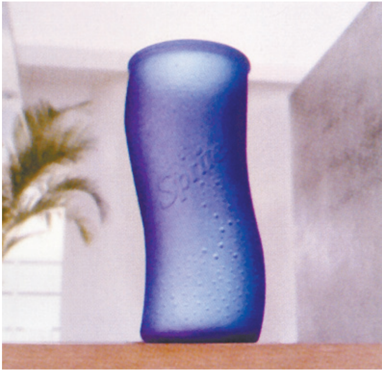
Juan

La artista plástica Andrea Juan está exponiendo en la University of West of England, Bristol, Reino Unido, su muestra "La ilusión del fin". Se trata de un videoproyecto que ya presentó en Buenos Aires y que mezcla la mirada artística con voces que llegan desde la ciencia y hablan sobre probables próximas catástrofes.



Más bonceado

Una crema enriquecida con un complejo autobronceante y vitamina E es lo que presenta Nivea para prolongar el bronceado una vez pasado el fin de semana al sol, o, en el mejor de los casos, las vacaciones. Esta loción after sun recupera el nivel de hidratación y ayuda a prevenir los signos de envejecimiento prematuro.



Tapitas

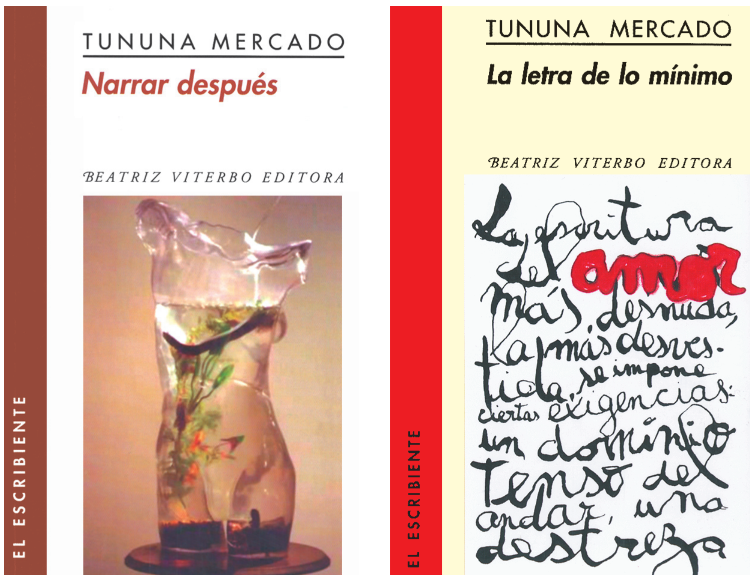
Sprite lanza una nueva promo, como parte de la campaña integral de su flamante identidad visual. Con tres tapitas de cualquiera de las botellas de la gaseosa, más un peso, se obtiene un vaso de vidrio azul con forma de S y con burbujas en sobrerrelieve.



Desde el sur

Prendas exclusivas y de excelente calidad, objetos de diseño de artistas de la zona sur del conurbano bonaerense y todo lo necesario para crear ambientes personalizados. Esa es la propuesta de EFFA, cumplir con el deseo de cada persona, sobre todo de los vecinos de Lomas de Zamora donde está el único local: Colombres 253.

LIBROS

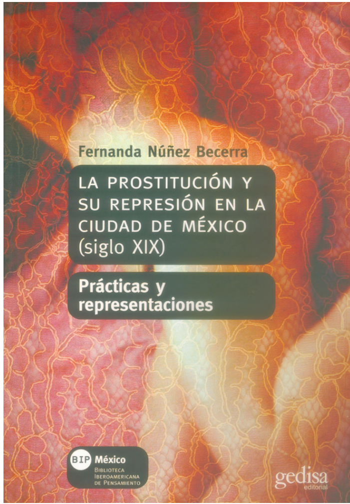


Tununa, por encargo

La letra de lo mínimo y *Narrar después* son dos volúmenes de textos que la escritora Tununa Mercado recopiló entre esos fragmentos que alguna vez escribió por pedido de alguien más: ponencias, comentarios de otros libros, una muerte que requiere consuelo. Pedidos que funcionaron como el arranque de un motor que después echa a rodar los engranajes de las palabras que pujaban por ser dichas. Como bonus track: obras de León Ferrari en ambas tapas.

Beatriz Viterbo editora, colección El escribiente.

Chicas malas



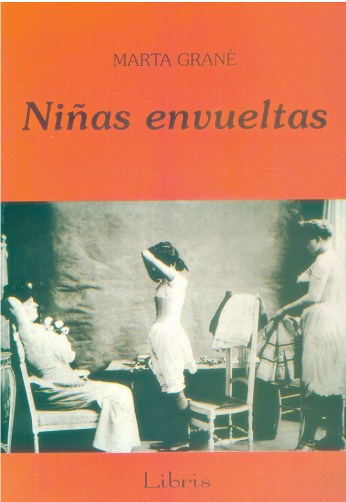
A mediados del siglo XIX en algunos países de América Latina la prostitución comienza a ser "tolerada" como un oficio al que es necesario reglamentar, inspeccionando el cuerpo de las mujeres como si fueran establecimientos públicos, cerrando sobre ellas un férreo control. Así sucedió en México, país de origen de Fernanda Núñez Becerra, autora de *La prostitución y su represión en la Ciudad de México (siglo XIX), prácticas y representaciones*, una investigación que muestra cómo la prostitución revela las angustias y prejuicios de una época incapaz de concebir la libertad y autonomía de las mujeres, la necesidad de calificarlas, aislarlas y crear para ellas una férrea moral sexual y familiar.

Editorial Gedisa de Barcelona, junto con la Biblioteca Iberoamericana de Pensamiento de México.

Aparente calma

Lo oculto, lo prohibido, una historia familiar bordada con las fantasías íntimas que genera un secreto inconfesable entre dos hermanas. Con esos ingredientes Marta Grané construye *Niñas envueltas,* una novela para leer con los cinco sentidos, que aporta una mirada diferente del erotismo femenino.

Editorial Libris - Longsellers. Colección Los inéditos.



no pagarás


GUSTAVO MUJICA

Más de 10 mujeres se reúnen todas las semanas en la Facultad de Ciencias Económicas para relevar documentos y publicaciones generadas sobre la deuda externa que servirán para inaugurar, el mes próximo, el Museo de la Deuda. Profesionales desocupadas, extranjeras, docentes y estudiantes se ofrecieron como voluntarias para echar luz sobre la exacta dimensión de la deuda externa argentina.

POR SILVANA SANTIAGO

Déficit fiscal, superávit comercial, tasa Libor, listas interminables de ministros de Economía... Es sábado por la mañana en la sala de referencia de la Biblioteca de Económicas, es decir, el día dedicado al debate sobre la deuda externa argentina.

La discusión transcurre entre la mayoría de mujeres presentes que trabajan como voluntarias del Museo de la Deuda Externa desde mediados de año, después de haber respondido a la convocatoria lanzada a los medios por Simón Pristupin, el responsable de la idea. Su propuesta era descifrar para el público general el misterio que oculta la deuda externa detrás de la jerga de los economistas, de los políticos y de los periodistas especializados.

¿Cuánto debe la Argentina? La respuesta tiene varias risas y objeciones, tales como que ni los ministros se ponen de acuerdo, que cambia constantemente (uno de los proyectos del Museo es mostrar cómo se incrementa el monto segundo a segundo), que si la pregunta es referida a la deuda legítima o a la que no lo es... Para estas mujeres está claro que la deuda determina la historia personal de cada argentino pero, al mismo tiempo, ven que la mayoría no la tiene en cuenta, que se olvida del tema o que simplemente cree que existe como algo "dado", indiscutible.

"Mis alumnos se creían ajenos al tema. Pero cuando empezaron a ver que involucraba al papá que se quedó sin trabajo y que era algo que iba a afectar incluso a sus hijos, cambiaron de actitud", comenta Paula Camarotti, licenciada en Administración y docente en un polimodal de Lomas de Zamora. Para acercarlos a la problemática de la deuda, Camarotti les propuso debatir las consecuencias del endeudamiento –pobreza, caída en la educación, desempleo– a partir de una selección de notas publicadas en distintos diarios. La respuesta fue tan buena que sumó más bibliografía de la prevista y hasta les alquiló *La mayor estafa al pueblo argentino*, de Diego Musiak. "Los mejores trabajos de la cursada correspondieron a ese tema y hoy los chicos me dicen que por fin pueden entender de qué se está hablando en la tele durante las noticias y debates económicos", cuenta Camarotti.

El hilván de la deuda no podría dejar de recorrer la historia personal de Paula. Primero, experimentó el "caos" de la privatización de la empresa estatal para la que trabajaba y, más tarde, vivió un agresivo proceso de reestructuración en el laboratorio multinacional del que formó parte hasta días antes de los cacerolazos de 2001. Y explica: "Al principio, todos creímos (o nos hicieron creer) que la venta de las compañías estatales serviría para disminuir la deuda externa del país y años después, confiamos en la convertibilidad, que hizo que las grandes empresas internacionales exportaran capitales 1 a 1, respaldados por el vertiginoso endeudamiento nacional".

Esa experiencia de los noventa "es parte de un proceso que empieza en los setenta", apunta Stella Maris Aliverti, voluntaria del Museo y economista. En cada década –señala– se manifiesta de formas distintas pero "siempre tiene el mismo fondo". Y aclara: "Fondo, dicho con y sin mayúscula". El trabajo voluntario del Museo empezó en julio pasado con la construcción de una base de datos en la que se incluyen libros, artículos periodísticos, conferencias, videos y demás materiales vinculados con la deuda externa. En el Museo existe –además– un libro fundante, de lectura inspiradora para todos sus integrantes según Pristupin, que es *La deuda externa*, de Alejandro Olmos. En ese texto se compilan los elementos que Olmos reunió durante los 18 años que llevó el tema de la deuda a los Tribunales, y a partir de los que a mediados de 2000, el juez Jorge Ballesteros se pronunció en favor de su denuncia, subrayando la irregularidad con la que se habían conducido las empresas estatales y contraído los compromisos de pago.

La primera etapa del Museo consistió básicamente en la lectura de textos. "A medida que vas estudiando y te dan material bueno para leer, te vas dando cuenta de que tenés acceso a una información que el resto de la sociedad prácticamente no tiene", señala Silvana Cassera, estudiante de Economía. "Te das cuenta y te vas enojando. Es que te ves viviendo en un país que se endeuda cada vez más y no querés que las posibilidades de crecer se vean limitadas porque nuestros representantes sigan haciendo las cosas con una total falta de responsabilidad", agrega.

Traducido en números significa que la deuda nacional, según Camarotti, tuvo un incremento de un 360 por ciento durante los años setenta y de un 140 por ciento durante los '90. "Aun así, en pesos, el monto comprometido durante la administración Menem es mayor que el negociado durante la dictadura militar", sostiene. Por eso la ilusión de todos en el Museo es que la información, finalmente, llegue.

El próximo mes, el Museo será oficialmente inaugurado con la presentación de una cronología de la deuda como elemento destacado de entre una serie de mesas de debate y conferencias especialmente organizadas para la fecha.

Mientras tanto, Cassera, los días que no se reúne en el Museo, persigue una especie de micromilitancia individual, tratando de convencer a quienes la rodean, por ejemplo, de que no es una buena idea aquello de querer "volver al 1 a 1". Y Camarotti, en tanto, anhela que el proyecto logre capturar la atención del presidente Néstor Kirchner porque la iniciativa defendería "los mismos intereses que –se supone– defiende él", observa.

El deseo compartido es que el público tome conciencia porque "fue el desconocimiento el que permitió el consenso de los noventa", sostiene Peralta, y que en consecuencia influya para negociar la deuda con mayor eficacia en beneficio del país. Por eso, Cassera subraya que "la verdad siempre es buena". Porque conocerla –y en esto también coinciden todas las voluntarias– es el camino ideal para resolver el misterio de la deuda externa.

será mujer

Ahora que ya es casi un hecho que la vacante en la Corte Suprema de Justicia que dejará Eduardo Moliné O'Connor será ocupada por una mujer, la discusión se centra sobre si ésta debería, además, aportar la perspectiva de género al máximo órgano del Poder Judicial.

LOS ANDES


AIDA KEMELMAJER


CARMEN ARGIBAY

ADRIAN PEREZ

POR SANDRA CHAHER

Desde que Margarita Argúas fue nombrada en 1970 por el gobierno de Agustín Lanusse (manteniendo el cargo hasta 1973), nunca más una mujer accedió a la Corte Suprema. Y lo paradójico es que fue justamente una dictadura militar la que ascendió a esta camarista de méritos innegables al nivel más alto del Poder Judicial. Antes y después, ningún gobierno democrático designó a una mujer para ese cargo. Hasta ahora.

Que acceda una mujer a la Corte es para muchos un tema prioritario –por la falta de representatividad actual del Tribunal en relación con la población: si el 50% somos mujeres, ¿por qué allí hay sólo hombres?–, y es de segundo orden la discusión sobre la perspectiva de género que pueda tener esa magistrada.

Las representantes argentinas del Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA) enviaron meses atrás una carta al Presidente Néstor Kirchner llamada *Por una Corte que refleje la diversidad de género*, en la que se mostraban optimistas ante la sanción del Decreto 222 (de autolimitación del Poder Ejecutivo en relación con la designación de los jueces de la Corte Suprema) y, si bien apoyaban la designación de Eugenio Zaffaroni como candidato, reclamaban que la siguiente vacante fuera para una mujer. "Estamos ante una oportunidad histórica –dice el documento– de reparar esta injusticia y fortalecer las instituciones. Una mujer a la Corte Suprema de Justicia es la única garantía de que la diversidad de géneros se convierta en realidad y no sólo en una declaración formal." La abogada Haydée Birgin, miembro del ELA, es una de las personas que piensa que "con que sea una mujer la futura jueza a mí me basta. Porque aclaremos las cosas: una mujer en la Corte no representa a la mujer como género. Corresponde que ocupe ese lugar por una cuestión de representación social. Pero si consideramos la perspectiva de género como la comprensión de relaciones de subordinación y poder en la sociedad, son muy pocas las mujeres con carrera judicial y académica, e idoneidad, que cumplen con esa condición. Creo que sólo las juezas Lucila Larrandart y Alicia Ruiz".

Los nombres de estas últimas son algunos de los que circulan entre las posibles futuras magistradas supremas. Aparte de ellas, los nombres que están sonando como los más posibles son el de Carmen Argibay, ex camarista y actual miembro del Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia; Aída Kemelmajer de Carlucci, miembro de la Corte Suprema de Mendoza; y Eugenia Highton de Nolasco, una camarista civil miembro, al igual que Argibay, de la Asociación de Mujeres Juezas de Argentina (AMJA). Highton de Nolasco y Kemelmajer de Carlucci comparten un perfil conservador que, según algunos, les da más chances ya que con una designación así el Poder Ejecutivo equilibraría la de Zaffaroni. Sin embargo, nada está definido. Se sabe que Highton de Nolasco está interesada en el cargo y quienes están en contacto con Kemelmajer y Argibay dicen que también. En el caso de esta última, su regreso al país estaría supeditado a la finalización del juicio de Sbrenica, actualmente en curso. Otros nombres que circulan son el de Berta Kaller de Orchansky, integrante del Tribunal Superior de Justicia de Córdoba; Hilda Kogan, miembro de la Corte Suprema bonaerense; y María Angélica Gelly, una reconocida constitucionalista. Para la jueza Estela Cárcamo, actual presidente de AMJA, "no es lo mismo que vaya cualquier mujer a la Corte. Tiene que tener mirada de género. Nuestra propuesta es que sea alguien que luche por la no discriminación de la mujer pero que además sea de valía, que esté consustanciada con los valores democráticos y sea idónea para el cargo. No es cuestión sólo de llenar cupos". Cuando se abrió la vacante en la Corte, la AMJA envió una carta a Beliz pidiendo que se respetara la diversidad de género presente en el Decreto 222. "El Ministro nos contestó –señala Cárcamo– diciendo que el Presidente tendrá en cuenta, en la medida de lo posible, que la inclusión de nuevos miembros sea representativa de la diversidad de género, que se trata de un tema que a ellos les preocupa." A la hora de hacer nombres, la lista de Cárcamo es extensa. A las ya nombradas, ella agrega, entre otras, a Cristina Camiña, Stella Maris Martínez y Lidia Soto. "Tanto dentro de la AMJA como fuera de ella hay mujeres de valía, incluso algunas que no son juezas y que seguramente serán propuestas por los colegios profesionales. Nosotros probablemente hagamos una propuesta de nombres al Ejecutivo, pero si tenemos que elegir a una sola candidata ésa sería Carmen Argibay, que es una excelente jurista e hizo mucho porque la AMJA exista." Argibay no sólo fue presidenta de la AMJA sino también de la Asociación Internacional de Mujeres Juezas y su compromiso con los derechos humanos y la causa de las mujeres es reconocido internacionalmente.

Roberto Saba es Director Ejecutivo de la Asociación por los Derechos Civiles, una de las organizaciones no gubernamentales que propuso al Poder Ejecutivo los cambios que dieron origen al Decreto 222. "Creemos que es imprescindible la representación de género en la próxima designación -sostiene–. Pero además, vemos pocas razones políticas para que no sea designada una mujer si lo que el Presidente quiere es cumplir con lo establecido en el decreto de autolimitación." En cuanto a la perspectiva de género, Saba sostiene que "la aspiración de mínima que tenemos es que sea una mujer. Personalmente creo que habría que incorporar la perspectiva de género, pero ya el hecho de que en la Corte Suprema pueda sentarse una mujer a decidir creo que es un mensaje simbólico muy fuerte para la sociedad".

Lucila Larrandart es camarista de un Tribunal Criminal desde 1993 y tiene estudios realizados sobre género y control social en el ámbito del Departamento de Derecho Penal de la Universidad de Buenos Aires. "Yo creo que tiene que llegar una mujer con un nivel jurídico bueno, no me parece que baste con que sea mujer, la discriminación positiva no sirve. Y también sería bueno que tuviera mirada de género aunque eso sólo no basta, hay muchísimos casos que pasan por la Corte, como las leyes de Obediencia Debida, que requieren una mirada más amplia. También es cierto que las mujeres deberían estar representadas sí o sí en el Tribunal porque la democracia es de todo el mundo, pero lamentablemente nosotras no accedemos a los cargos jerárquicos. No percibo entre mis colegas una mirada de género –señala Larrandart–. Es algo intuitivo porque no hice una investigación. Pero se evidencia en la jurisprudencia: los fallos son iguales si los emite un hombre o una mujer. Es que hay algo inevitable: si tu formación académica y personal fue machista, tenés introyectadas las pautas culturales, y modificar eso es todo un trabajo."

Derecho a no parir

En los hospitales públicos la cantidad de parturientas es apenas un poco mayor que la cantidad de mujeres internadas con complicaciones sufridas por abortos clandestinos. La socióloga Susana Checa investigó el perfil de estas mujeres que llegan a los servicios como emergentes de una realidad social que consagra una imagen endulcorada de la mujer madre, pero a la vez les niega desde derechos laborales hasta decidir cuántos hijos quieren tener.

"...Una sociedad que obliga a las mujeres a escoger entre permanecer en el trabajo o interrumpir un embarazo es una sociedad abortiva..."
(IVONE GEBARA, RELIGIOSA BRASILEÑA)

POR LILA PASTORIZA

Cada día que pasa, por lo menos dos mujeres, adolescentes o adultas, madres o no, ingresan con complicaciones post aborto a las guardias de los hospitales públicos porteños. Son la punta del iceberg que conforman los centenares de miles de abortos clandestinos de la ciudad oculta, forzados por la penalización y la hipocresía. "Se estima que en Argentina se producen 750 mil abortos clandestinos anuales, cifra que un profesional tan prestigioso como Roberto Nicholson eleva a un millón, y que supera largamente los 720 mil chicos que nacen en un año... Esta es nuestra realidad. Por eso quisimos conocer el emergente más visible, que son las mujeres que acuden a los servicios médicos por complicaciones post-abortivas y que llegan a ocupar la cuarta parte de las camas hospitalarias. Y nos lanzamos a esta investigación, que empezó en el 2001 y termina este año", señala Susana Checa, directora del "Estudio de los abortos hospitalizados por complicaciones abortivas en los hospitales públicos de la Ciudad de Buenos Aires", efectuado con el apoyo de la Universidad de Buenos Aires y al que se refiere en esta entrevista.

Susana Checa es socióloga. En Perú, donde estuvo exiliada en tiempos de la dictadura, su trabajo en la organización feminista Flora Tristán la sumergió en la problemática de Salud y Mujer, cuestión que ya no abandonaría. Al regresar a la Argentina, en 1985, el requerimiento de anticonceptivos por parte de las mujeres de una zona muy pobre del conurbano la impulsó hacia los temas de salud reproductiva. Hace poco apareció *Género, sexualidad y derechos reproductivos en la adolescencia*, un libro en el que Checa funge como compiladora y autora, y que da cuenta de una investigación efectuada en servicios hospitalarios de adolescencia. Poco antes había publicado, junto con Marta Rosemberg, *Abortos hospitalarios, un problema de Salud Pública, una cuestión de derechos reproductivos*, antecedente obligado de la presente investigación.

–Lo primero que quisimos saber fue cómo eran las mujeres que llegaban a los hospitales con estos cuadros, cuál era su perfil sociodemográfico y epidemiológico. Tomamos como muestra el mes de marzo del 2000 y trabajamos con las 185 historias clínicas de ocho hospitales de la Ciudad de Buenos Aires (sobre los 12 que conforman el plantel de establecimientos públicos con internación obstétrica). Pero faltaban datos claves: en 90 de cada cien historias no se consignaba la información acerca de nivel educativo y en el 70% no había datos sobre situación laboral. A la vez, la pregunta sobre uso de anticonceptivos estaba muy mal formulada y a veces sin responder. Y se trata de información fundamental para el diseño de políticas de salud.

–¿Con qué datos contaron entonces?

–Pese a los huecos, hay algunos datos que dan pistas. Supimos que el 70% de quienes fueron atendidas en marzo del 2000 se domiciliaba en la Ciudad, que mayoritariamente eran argentinas (aunque más de un tercio provenía de países limítrofes). Que más de la mitad contaba entre 20 y 29 años, mientras las adolescentes conforman el 10 por ciento. Que para 122 de estas mujeres, este aborto era el primero. Y que 42 de ellas –más de la mitad menores de treinta años y varias con numerosos embarazos e hijos– cursaban su segundo aborto, quince el tercero y uno el cuarto. O sea, abortos reiterados.

–¿Qué pasaba con el uso de anticonceptivos?

–Pese a que los datos son incompletos, surge que alrededor del 60% de estas pacientes no usaba método alguno. Y nos preguntamos: ¿qué está pasando?, ¿cómo se explica que mujeres que ya han vivido esto sigan usando al aborto como anticoncepción cuando podrían disponer de métodos incruentos, preventivos? Eso es lo que ahora estamos tratando de indagar en tres hospitales seleccionados donde realizamos entrevistas a prestadores (médicos, enfermeras) y a mujeres que ingresan.

–Hace poco el ministro de Salud de Santa Fe fue muy criticado por haber dicho que los médicos debían "cumplir con la ley" y denunciar estos casos de abortos complicados. ¿Las mujeres se sienten amenazadas por posibilidades como ésta?

–Por supuesto, hay mucho miedo. Ellas nunca manifiestan que se trata de un aborto provocado, tienen conciencia de que no hay que hablar, y los médicos, salvo en caso excepcionales, no hacen la denuncia. Junto al temor está también lo prohibido, lo culpabilizador, más aún cuando la mujer debe recurrir a un servicio de obstetricia, donde se la define y valoriza por su capacidad reproductiva, y no precisamente por interrumpir un embarazo. En estos servicios hay un porcentaje elevado de los egresos definidos como "fuga", es decir que las pacientes se van sin que esté firmada el alta. Es que las mujeres lo que quieren es irse. Y, en general no vuelven a la cita posterior, a la charla informativa o para pedir métodos anticonceptivos. Si regresan es por las complicaciones de un nuevo aborto. Y algunas llegan por un tercero o cuarto.

–¿Por qué no vuelven?

–Hay distintas razones y complejas. Tienen que ver con ellas, con la situación que atraviesan, con el modo en que viven su sexualidad y esta problemática en particular, con su autonomía para decidir, con el trato que reciben. Una mujer que entrevistamos tenía tres hijos, dos abortos y la había dejado el marido, embarazada. De todos modos, yo creo que hay un bache muy grande entre la información y la posibilidad de acceder a una anticoncepción eficaz. Y queremos saber por qué. En la investigación buscamos detectar lo que denominamos la ruta del aborto: cómo viene cada paciente (las más grandes por lo general llegan solas o con amigas, nunca con su pareja) y qué le pasa en el hospital a una mujer que entra en ese estado: si tiene que esperar, si la internan inmediatamente, si la sancionan moralmente (la retan, la amonestan) o si la tratan bien, la protegen. Y queremos observar esa ruta hasta después del alta, ver si se la cita nuevamente, si la mujer concurre, y si existe la llamada atención post-aborto (que aquí, salvo excepciones, no se brinda, el primer servicio se abre ahora en Mendoza).





Adolescentes en riesgo

En la Ciudad de Buenos Aires, el número de mujeres atendidas por estos cuadros aumentó el 32% desde 1995 y, según las cifras que manejan los hospitales, el salto ha sido aún mayor luego. Fuentes no oficiales pero muy confiables estiman que en el año 2001 cerca de 11.000 mujeres fueron atendidas por complicaciones post-abortivas, poco menos de la mitad de las 28.000 que concurrieron por partos. Actualmente se calcula que son unos 70 los egresos mensuales que cada hospital registra por esta causa. En uno de los servicios se estimó que los abortos entre adolescentes habían pasado de 5 a 20. Semejante incremento es atribuido en medios hospitalarios a la expansión del denominado "aborto medicamentoso", es decir, al provocado por fármacos que desatan cuadros de contracciones y hemorragias –y que no tienen nada que ver con la anticoncepción de emergencia– llevando a la paciente al hospital. Menos letal y cruento que el atribuido al perejil y la sonda, también riesgoso y fuente de otras complicaciones, el aborto vía pastilla usado como método anticonceptivo multiplicó la cantidad de mujeres que arriban a las guardias hospitalarias debilitadas y en riesgo.

Este aspecto es uno de los núcleos del problema.

–¿Por qué ponen el énfasis en la atención recibida?

–El objetivo principal de esta investigación es analizar las características y calidad de atención que se brinda a estas mujeres en los hospitales públicos, basándonos en las recomendaciones de las reuniones de El Cairo y Beijing, de dar contención en una situación dramática y otorgar una atención post aborto de calidad. Partimos de la hipótesis de que la persistencia de pautas patriarcales y discriminatorias en la atención dela salud reproductiva de las mujeres y la ilegalidad del aborto contribuyen a rebajar la calidad de atención que reciben quienes acuden a estos servicios.

–¿Qué encontraron en la investigación en curso?

–En los médicos aparece con frecuencia una actitud sancionadora. Como que para el modelo médico que tienen internalizado es un atentado a su saber que la mujer se haga algo en el cuerpo que ellos no puedan evitar. En general, a los médicos les molesta el tema del aborto. Hay algunos que lo asocian con la ignorancia ("por algo les pasará, son ignorantes"). Según ellos, la atención es buena, citan a las mujeres para que no reiteren su conducta. Hay que entrevistar a las mujeres para ver qué les pasa, etapa que recién se inicia. Una paciente a quien estaban dando el alta nos contó que antes había ido a tres hospitales sin ser recibida, con hemorragia e infección. Llorando, nos decía que hacía veinte días andaba así, dejando a sus hijos con su hermana, estaba destruida... En las enfermeras, en cambio, yo observé mucha solidaridad con las mujeres, mucho cuidado hacia ellas. Parece preocuparles cómo las ven, hacen un acercamiento diferente. Y se observa mucha contención, tipo maternal, sobre todo con las adolescentes. También hay diferencias según los hospitales y los servicios. En los de adolescencia, por ejemplo, sus integrantes están muy sensibilizados respecto a lo que significan el embarazo y el aborto para las personas, para su proyecto de vida. Entonces no las sancionan, las contienen. En alguno de los hospitales hay muy buena atención, adecuados registros hospitalarios, no se hace la denuncia policial, incluso se trata de formar grupos de contención post-aborto. Nosotras estamos haciendo observación no participante en los hospitales seleccionados: vemos cómo llega la mujer, el tiempo de espera, si la internan rápidamente, si la llevan a obstetricia, si va a una sala especial o junto con otras que han sido madres (que es muy traumático). Hay distintas estrategias según los hospitales.

–¿Cómo explican ustedes tanto la escasa concurrencia a los servicios de prevención hospitalarios que hoy funcionan como este fuerte aumento de los abortos hospitalizados?

–Los médicos explican la no concurrencia a los servicios porque "las mujeres no tienen ni para el colectivo". Y cuando se les terminan las pastillas se embarazan... Puede ser... Yo creo que no está incorporado el tema de anticonceptivos, siempre en nuestro país fue muy dificultoso el acceso a la anticoncepción. No es diferente de lo que ocurre con el aumento de los abortos que se atribuye a la expansión del aborto medicamentoso. Y es un contrasentido, porque si ya contamos con la ley, con los insumos anticonceptivos, debería haber menos abortos, se supone que es más fácil usar un anticonceptivo que abortar. Yo pienso que si las mujeres recurren a una pastilla que les provoca un aborto es porque no tienen una anticoncepción regular y estable. El aumento de los abortos habla de un "cortocircuito" en lo que les pasa las mujeres, de que existen obstáculos diversos por los cuales el acceso a la anticoncepción no está logrado. De todos modos, tanto la provisión de anticonceptivos (en febrero llegó la primera partida a los hospitales) como el aborto medicamentoso son cuestiones demasiado recientes como para sacar ya conclusiones. Mientras tanto, nos planteamos seguir indagando, profundizando en los pequeños grupos.

–¿Hay algún proyecto concreto?

–Sí, nos proponemos trabajar con adolescentes, uno de los sectores más vulnerables, la cuestión de la sexualidad y de los derechos reproductivos. Pero esta vez no en un servicio hospitalario sino en la comunidad. Queremos detectar las causas de la brecha que existe entre la información y la práctica. Por eso esta nueva investigación, centrando en adolescentes, varones y mujeres. Trataremos de ver qué les pasa, cómo son sus prácticas, en una tríada: chicas que se embarazan y tienen su bebé, las que se embarazan y abortan, las que no se embarazan porque previenen. En condiciones similares (socieconómicas, comunitarias) y en una misma unidad geográfica, ver qué pasa en esos tres grupos. Queremos captar a estos chicos de una villa en el centro de salud, en las escuelas. Nos importa ver qué pasa con la educación, con la "educación sexual" (si es la clase de biología o se enfoca desde las necesidades de los adolescentes, desde la sexualidad). Y ver, en definitiva, cómo arman su vida los adolescentes para llegar a esos dos nudos: prevención o no prevención.*



IRSEMURIENDO

Una de las máximas representantes del genio femenino, Isabel I de Inglaterra, figura con exuberancia de méritos entre los/as más grandes reyes y/o reinas que en el mundo han sido. Sin terapia de apoyo alguna, la hija de Enrique VIII –papá corazón (de Barba Azul)– superó la muerte de su madre Ana Bolena en el cadalso, ocurrida cuando la niña tenía 3 añitos; ser declarada ilegítima por su propio progenitor (los derechos sucesorios se los devolvieron a los 11); el torpe reinado de Eduardo VI y luego, ya adolescente, el fundamentalismo de María Tudor, la reina católica con merecido apodo de cóctel (Bloody Mary) que la antecedió... Desde joven, sedienta de conocimientos, no sólo aprendió idiomas muy diversos (llegó a traducir a Eurípides, a Horacio) sino que se abocó a la filosofía, la historia de las religiones, los tratados de política. De modo que cuando se instaló en el trono a los 25, con su pelo rojo, los labios finos y esa blanca palidez que acentuó con afeites en los últimos años, Isabel era una chica preparadísima en todo sentido.

Durante 45 años, la reina que eligió la etiqueta de "virgen" en su epitafio demostró una carácter duro como el diamante, un talento político extraordinario, una eficacia infrecuente para llevar a la práctica sus decisiones en materia de finanzas, comercio, industria, supremacía marítima, artes y letras... Y fue una pionera en esto de forjarse una imagen y cultivarla con coherencia y perseverancia. Además, con esa disposición abarcadora que fue su marca, influyó sobre la moda (dejó varios centenares de lujosos trajes al morir, con y sin gorguera, siempre guarnecidos) y la gastronomía: promotora del "compre nacional", puso altas tasas a los productos importados y defendió en sus convites las bondades del *roast beef* con *pudding*, el cordero con salsa de menta, la torta Dundee, de frutas confitadas y almendras...

Este es el complejo, riquísimo, excepcional personaje que aborda *Monólogos de la reina*, pieza de la inglesa Susana Walters que protagoniza majestuosamente María Comesaña (foto) con esplendoroso atavío de Mini Zucheri (viernes a las 21 hs. en La Casona del Teatro, Corrientes 1970), bajo la precisa dirección de Alejandro Ulloa. La soberana tiene 69 años, se sabe a un paso de la muerte, y en la intimidad de su tocador divaga, se va por las ramas, afloran ecos del pasado. Su mejores hombres han muerto (el primer ministro William Cecil) o los ha hecho matar (el guapo y juvenil Conde de Essex). Dolida, pícara, misógina, con la autoestima siempre arriba, Isabel nunca se desmarca de ese formidable animal político que fue, nunca deja de sacarle lustre a su imagen, de pregonar el amor recíproco con su pueblo. Como ella dice: "Mi corona no se resbala de mi cabeza", ni siquiera esperando la muerte entre bellas canciones de la época.

Hay otra mujer, sin cartas de nobleza, de estos tiempos, joven, devastada por la enfermedad, que se rebela, se resigna, se observa ante la cercanía de la muerte. Ella se resiste a dormirse, proclama la traición de su sangre, sus músculos, sus huesos, cuenta las respiraciones que le quedan, en tanto que un joven, *El contratado*, que da título a esta perturbadora pieza, la acompaña, le lee distintos textos, trata de entablar un diálogo imposible. Fabiana Mozota e Ignacio Rodríguez de Anca interpretan con propiedad a la enferma terminal y a su entretenedor. La dramaturgia y la neta puesta en escena son de Claudio Quinteros (el impagable Andrés de "Resistiré").

En El Hormiguero, Mahatma Gandhi 327, los sábados a las 23 (conviene hacer la reserva en el 4854-2625).



ILUSTRACIÓN: CECILIA MOREIRO

MUDANZA

ARQUETIPAS: POR SANDRA RUSSO

–¿Y entonces?
–¡Que me voy!
–¿Cómo te vas a ir?
–¡Yo esta situación no la aguanto más!
–¿Pero estás decidida? ¿No tendrías que pensarlo un poco?
–¡No! ¡Ya aguanté demasiado! ¡Se acabó!
–¿Pero no hay nada para rescatar?
–¡El soldado Ryan! ¡Es lo único!
–Lili, son cinco años de pareja...
–Pero hay que ser realista. Juntos no somos felices.
–Bueno, feliz, lo que se dice feliz, todo el tiempo... ¿quién es?
–¡Pero un rato! ¡Una temporada! ¡Un cacho!
–¿Nunca estaban bien?
–¡Sí! ¿Cómo que no?
–Qué sé yo. ¿Y entonces?
–¡Que estoy harta! ¡Siempre quejándose, siempre criticándome, siempre recordando lo ardiente que era no sé quién, lo cariñosa que era no sé quién, lo buena cocinera que era no sé quién!
–¿Se queja de vos?
–¡Todo el tiempo! ¡Que tengo patas de gallo! ¡Que tengo celulitis! ¡Que no me río de sus chistes! ¡Que siempre le cuento los mismos chistes! ¡Que se me pasan los ravioles!
–¿Y entonces?
–¡Que me voy! ¡Me voy! ¡Soy joven, soy linda, tengo un buen trabajo, tengo buenas gambas, voy a rehacer mi vida!
–¿Y a dónde te vas a ir?
–¡A ninguna parte! ¿Cómo que a dónde me voy a ir? ¿Estás loca?
–Lili, ¿no dijiste recién que te ibas a ir?
–¿Yo? ¡No! Si quiere, que se vaya él. Yo de casa no me muevo.